

Juan María Alponete

ENTRE LA DESMESURA (LA DEMAGOGIA) Y LA MESURA

En efecto, si la *stasis*, la discordia, era el peor mal para la Polis, no lo era menos, dialécticamente, la desmesura, esto es, la *hybris*. Este concepto, equiparable a la demagogia –el demagogo padece siempre un desorden mental y es un enemigo, declarado o no, de la razón por asumir la discordia– era acompañado por la dimensión exaltante de la medida, es decir, por la *sophrosyne*. Esa voz, esa definición tenía o poseía un carácter cívico. Lo revela el hecho de que en la vieja Atenas existía un magistrado denominado *sofronista*. Su función predominante era velar o vigilar por la buena conducta de los efebos, los jóvenes, para que adquirieran, en la vida, en el tránsito hacia la sociedad política, la medida adecuada para vivir con los demás, con el demos, con el pueblo. El *sofronista* cobraba un salario por imponer la medida, esto es, por enseñar la práctica inteligente del diálogo.

Lo contrario, ciertamente, es la escuela filosófica de los sofistas. Eran, esas gentes, cultivadas y refinadas en el arte de la retórica y se preciaban de que podían convencer a los oyentes haciendo, sin más, un discurso contradictorio y, sin embargo, aplaudido. Esa escuela, nunca apagada, fue conocida en Grecia como la escuela del *dissoi logoi* o doble discurso. El propio Platón, amenazado por los sofistas (en nuestros días los tenemos a montones) en su libro VII de la República señalaba que los “sofistas eran destructivos”.

Aristóteles, a su vez, discrepaba de los sofistas⁶ aduciendo que el objeto de la filosofía era el conocimiento, la observación, la explicación y la clasificación. Conducía su razonamiento, en su libro Política, a la reflexión sobre el polites, es decir, el ciudadano. “Llamaremos, pues, ciudadano, al que tiene el derecho a participar en el poder deliberativo o judicial de la ciudad (polis) y llamaremos ciudad, hablando en general, al cuerpo de ciudadanos capaz de llevar una existencia autosuficiente”.

6 No obstante, los sofistas obligaban a pensar, seriamente, a los filósofos. Les debemos esa posibilidad: ejercer el derecho a pensar críticamente.

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

De todas formas, el razonamiento de Aristóteles, lo conduce a repetir a Eurípides que, en una de sus obras, hace decir, a un rey, lo siguiente a un funcionario que le aportaba ideas. Le dijo:

“No me deis sutilezas, sino lo que pide la Ciudad”

Su concepto de la ciudadanía y sus derechos todavía gravitan sobre un concepto de clase o racial. Los simples extranjeros (*xenoi*) de paso y a los extranjeros domiciliados ya en la Polis y a los que llama metecos (*metoikon*), esto es, a los que no tienen derecho de Ciudad, es decir, a intervenir en la vida pública, constituían grupos sin ciudadanía. No podía exigir, el residente extranjero, derechos políticos ni ser sacerdote.

Sin embargo, reconoce Aristóteles, el extranjero forma parte de la Ciudad y, por ello, estaba protegido por la ley, pero a condición de que un ciudadano sea su representante legal, es decir, su garante.

La Polis ateniense, lenta, pero pensándolo jurídicamente, tocaba ya todos y cada uno de los problemas que presentan el ascenso, difícil, complejo, pero exaltante hacia el Estado de Derecho donde el otro forma parte, inexorablemente de la comunidad. Esa alteridad, como moral cívica, es irrenunciable.

No deja de interrogarse Aristóteles sobre las distintas modalidades del gobierno. “La tiranía (que genera la palabra *tyrannos*), dice, es una monarquía que se ejerce despóticamente; la oligarquía (*oligoi*, pequeño grupo) se produce cuando tienen sus manos, en el gobierno, los que controlan la riqueza; la democracia, por el contrario, lo es cuando el gobierno lo controlan no los que poseen cuantiosas fortunas, sino los indigentes”.

Curiosamente se plantea Aristóteles (384-322 antes de Cristo) una fascinante proposición que afectará al futuro social y no sólo a su tiempo.

Juan María Alponte

Dice, en su *Política*⁷, lo siguiente: “Siendo la democracia el gobierno de la multitud ¿qué ocurrirá cuando sean señores de la ciudad los más y que, a su vez, sean ricos?...”. (Página 79).

Se planteaba, con el lenguaje de sus días, un problema incógnito, pero que sería normal siglos después y lo explica así: “Y por el mismo tenor, en el caso contrario: si decimos que la oligarquía es el gobierno de un pequeño número ¿qué diremos cuándo una mayoría de indigentes (la versión española del libro *Política* de Aristóteles es del notable Antonio Gómez Robledo) venga a apoderarse del gobierno por ser ellos más fuertes que los ricos?...”.

Como bien se ve Aristóteles se planteaba ya, intuitivo y clarividente, cuestiones que intentaron resolver, con otras denominaciones, Karl Marx o Gramsci. Ello invita, verticalmente, a la reflexión, al análisis riguroso ya que, en el fondo, desde la distancia de los siglos, el hombre se interrogaba sobre lo que Aristóteles denominaba ya “el poder soberano y, a la vez, si ese poder lo ejercían los hombres ricos, el individuo que fuese el mejor entre todos o, simplemente, el tirano”.

La traducción de Gómez Robledo es rigurosa –acompaña a la traducción de la UNAM el texto griego de Aristóteles– y, por ello, trasciende, viva, la formulación aristotélica: “Todas estas posibilidades, dice, parecen tener inconvenientes. ¿Y cómo podría ser de otro modo? Pues si los pobres, por ser los más, se reparten lo de los ricos ¿y no será eso injusto? No ¡por Zeus! –se podrá decir– pues así pareció justo al poder soberano. Pero, entonces; ¿cuándo hemos de hablar de una extrema injusticia? Y, además, considerando los ciudadanos en su conjunto, es evidente que al repartirse los más la propiedad de los menos, estarán destruyendo la ciudad. Más como ciertamente la virtud (recuérdese la significación del vocablo arete que he citado previamente) no destruye a su poseedor, ni la justicia es destructiva para la ciudad, claro está que ese orden legal no puede ser justo. Si lo fuera, arguye Aristóteles, necesariamente serían justos, también,

⁷ “*Política*”, Aristóteles. Universidad Nacional Autónoma de México, 1963.

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

los actos consumados por el tirano quien, por ser más fuerte, recurre a la violencia, como la multitud contra los ricos”.

En ese punto—considérese que Aristóteles escribía esa enorme interrogación social y político hace 1,600 años— el prodigioso filósofo griego llegaba a una consideración trascendente: “Pero, entonces, ¿será justo que gobiernen la minoría y los ricos? Pues si estos hacen lo mismo que aquellos y roban y despojan de sus bienes al pueblo, ¿será esto justo? Si lo es también lo será aquello”.

El razonamiento aristotélico se culmina en una inquietante interrogación ética: “Todas estas cosas, dice, son manifestaciones malas e injustas”.

¿Lo eran en su tiempo? ¿La oligarquía era ejemplar? ¿Todo es malo e injusto? Aristóteles, asume, en su meditación, a pecho descubierto, esta otra interrogación para su tiempo y el nuestro: “Han de gobernar entonces los hombres de bien y tener todo el poder supremo”.

La interrogación traspasa las edades y la repuesta es dudosa. ¿Cómo la resuelve Aristóteles? En principio no lo hace, sino que vuelve a preguntarse a sí mismo: “En ese caso todos los demás estarán, por tanto, en situación deshonrosa al no verse honrados con los cargos públicos”.

¿Se ha resuelto el problema con elecciones que pueden decidir, en nuestros días, un mandato legítimo elegido por la mayoría y que deja al margen, en estado de espera, a nuevas elecciones, a una parte del electorado o debe ser más justa la concordia y el gobierno plural?.

Diderot, el alma, con Alambert, de la obra que llamamos la Enciclopedia, obra que deparó, de un lado, el enciclopedismo y, del otro, la confrontación con la Monarquía Absoluta francesa, solía decir “que las controversias —él fue responsable y testigo— se eternizaban porque los dos adversarios se servían de las mismas palabras con significados y sentidos diferentes”.

Juan María Alponete

Es cierto, pero ¿cabe resolver los problemas filosóficos y éticos con el silencio? Descartes, el cartesiano de la razón, respondía a esa pregunta, asumiendo, sin más, que para evitar el riesgo de la confrontación, repetitiva, era indispensable comenzar la discusión definiendo los términos del debate y la exacta o, cuando menos, la significación de las palabras. Ello cerraba el camino a los sofistas y al famoso doble discurso: el *dissoi logoi*.

Por lo pronto, y sin más, el problema del análisis crítico está presentado en este capítulo. Podríamos decir a Aristóteles que La Política —su trabajo de esclarecimiento de las formas de gobernar— ha creado, en principio, un lenguaje que no siempre existió o fue aceptado, pero adulterándose, por las oligarquías y las tiranías. Me refiero al lenguaje parlamentario. La revolución, a su vez, consagraba una nueva lexicografía donde el pueblo y la libertad conspiraban, a veces sin saberlo matemáticamente, en la creación de un nuevo lenguaje. Gramsci advertía, prisionero de Mussolini, que la sociedad civil era la estructura ética del Estado. Mussolini contestaba: “El Estado soy yo”.

Desde un balcón y una plaza prodigiosa de Roma, Mussolini inventaba el lenguaje de una clase; un lenguaje vacío, pero donde la burguesía y el nacionalismo se encontraban. La invención del nacionalismo (siempre reaccionario) es una inmensa empresa dialéctica: atrapa, corrompe, exalta, conmueve. Un político latinoamericano lo subrayaba: “Dadme un balcón y ganaré las elecciones”. Hugo Chávez se lo ha creído y ha inventado un Bolívar nuevo, a su servicio. Bolívar es, para Chávez, el gran desconocido y, a la vez, su mensajero inexistente. El dilema, el problema es el uso que se hace del lenguaje. A veces asesina a todos los ‘enemigos’. Después de una dictadura lo más difícil, lo más apremiante y lo más difícil, es devolver el lenguaje a los ciudadanos. Véase a Putin sobreviviente. Los viejos regímenes sobreviven, a sí mismos, porque el tránsito a la libertad requiere libertadores y ellos, en parte, han sido aniquilados. La invención de la medida, de la *sofrosyne*, es una inmensa tarea de generaciones enteras.